

EL
ANGEL DE LA GUARDA
MAESTRO Y PROTECTOR

por el

Rdo. P. Francisco de Barbens

Religioso capuchino

5. Amor que nos tienen los Ángeles Custodios

Desde un principio conviene distinguir el amor natural que tendría el Ángel antes de elevarlo al orden de la gracia y de la gloria, y el amor sobrenatural una vez elevado. Para el primero es suficiente la facultad natural, la luz del entendimiento que la ilumine y la determine hacia el objeto amable, manifestándole aquellas perfecciones que resplandecen en tal objeto y que son verdaderos estímulos de amor. El amor sobrenatural no puede existir sin el auxilio de la gracia.

Hablando del amor natural se pregunta San Buenaventura si el Ángel ama más al superior, al igual o al inferior. Y resuelve el caso diciendo que al superior le ama más que a los otros por razón del bien adoptado, porque es mayor que los otros; al igual le ama con más intensidad de afecto, porque se trata a la manera de un amigo con quien se convive por ser de la misma esfera; y al inferior le tiene más cariño a causa de su situación que le coloca en condición más indigente. El maestro, dice, siente más cariño y se muestra más solícito respecto al niño pequeño que hacia el adulto, y más acerca del enfermo que hacia el sano. Igualmente el Ángel ama más al de un orden inferior, porque puede hacerle bien.

Alejandro de Hales entre las varias clases de amor natural que coloca en los Ángeles, cuenta una que se refiere al alma y al cuerpo del hombre en cuanto pueden ser glorificados y otra que se dirige a todas las creaturas.

Según la doctrina de estos dos Maestros, los Ángeles, aun

suponiéndoles en su estado natural, amarían al hombre. Pues bien, por la elevación beatífica en modo alguno se destruyen los objetos del cariño natural, antes al contrario, la gracia, es un axioma teológico, perfecciona la obra de la naturaleza. El Ángel, ora ame con amor natural, como puede amar, según Escoto, ora ame puramente con amor absorbido por la gloria sobrenatural o beatífica, como quiere Alejandro de Hales, siempre consta que por su naturaleza ama al hombre, y lo ama, en sentir de San Buenaventura, con afecto muy intenso y vehementemente.

Si a esto añadimos que no se trata de los Ángeles en general, sino de un Ángel particular, a quien Dios ha destinado expresa y formalmente para guardar, instruir, educar, formar y defender a un niño como si fuera su propio hijo o hermano, el interés y el cariño que forzosamente se descubre por parte del Ángel crece de punto, y llega y se transforma en estado de encendida caridad, en actos de vehementísimo amor.

Los santos que en este mundo han consagrado toda su vida a practicar obras de caridad, llegando hasta el heroísmo, a buen seguro que no lo han verificado por espíritu de comodidad, sino por puro amor de Dios y amor al prójimo. Si el Ángel Custodio no cumpliera su misión por espíritu de amor, con los repetidos actos de ingratitud que sobre su bondad hemos dejado sentir, nos habría abandonado millones de veces. Él, a pesar de nuestro desagradecimiento y de tanta infidelidad, no nos deja un momento; sino que, como dice el Maestro Alejandro de Hales, si el hombre cae hace que se levante y no vuelva a caer, y si tiene la desgracia de sucumbir de nuevo, procura con el ingenio que le inspira su gran caridad, proporcionar medios a fin de que sea mayor su estabilidad, más segura su firmeza.

No nos quepa la menor duda de que el Ángel a cada uno en particular, cuya guarda le ha sido confiada, nos ama con amor intensísimo, porque en nosotros ve una creatura racional susceptible de una gran santidad, capaz de un ardentísimo amor. El Ángel nos ama, porque ve en cada uno de nosotros la imagen de Dios y el vestigio de la Santísima Trinidad.

moral del hombre, que lleva la dirección de toda la vida, y que representa el depósito universal de todos los recuerdos, de todas las afecciones y de cuanto ha tenido razón de ser y ha pasado por las puertas de la atención y de la advertencia en la vida del hombre. Esto es la conciencia; palabra mágica, que en el continuo tejer y destejer de la filosofía, en medio de cuantas aberraciones han ofuscado la inteligencia humana, y a pesar de las extensas y violentas revoluciones que han conmovido los cimientos del espíritu humano, ha sabido conservar lo substancial de sus posiciones, ha sido respetada y afirmada de una manera inquebrantable y ha constituido el punto de apoyo y la base más firme de una ciencia muy respetable, llamada Psicología.

El sentido elevado y el valor incomparable de la conciencia, pide, no un simple párrafo, sino todo un libro; pues si la voluntad es el gran motor del alma, la conciencia es el centro donde se realiza la síntesis psicológica y moral más importante que pueda operarse en el hombre.

La conciencia se forma en su contenido bajo la mirada y la dirección del Ángel Custodio. En efecto: el niño va depositando en las capas de la subconsciencia las primeras impresiones, las sensaciones, el fruto de sus observaciones elementales y todo lo que envuelve un sentido inicial de filosofía práctica para él. Las primeras imágenes sensibles y todo cuanto afecta al sentido, entra y se conserva en la conciencia sensitiva; las primeras ideas, las reflexiones, las primeras enseñanzas que recibe el niño, los sentimientos y los afectos que en su alma tienen una vida inicial, rudimentaria, todo esto, por el mero hecho de interesar directamente a su vida moral y a su formación espiritual, entra de lleno en la jurisdicción del Ángel tutelar.

Estaría muy ajeno de la verdad quien creyera que el Ángel nos ha sido dado para desempeñar un papel meramente pasivo; es decir, que su misión acerca de nosotros se limitara a contemplar inactivo cómo se desenvuelve nuestra vida, contentándose con librarnos de los peligros más graves que puedan sobrevenir, ya por parte de la naturaleza, ya por parte del demonio. No es, ni puede ser ésta la misión del Ángel; es nuestro pe-

Fide, c. 11) y San Dionisio (*De Divinis Nominibus*, c. 12) afirman que Providencia y divinidad son inseparables.

Semejante Providencia no se refiere solamente a las cosas de mayor importancia, sino también a las más insignificantes. Lejos de degradarse Dios atendiendo a las cosas pequeñas, como quiso significar Cicerón: *Magna dii curant, parva negligunt*, – los dioses cuidan de las cosas grandes, mas descuidan las pequeñas, – debemos mantener firme la verdad católica entrevista por Platón cuando decía: «No digamos que Dios, que es muy sabio, que quiere y puede tener cuidado de todo, descuida las cosas pequeñas, como podría hacerlo un obrero flojo e indolente asustado por el trabajo.» (De Leg. X.)

El hombre instintivamente confiesa esta Providencia: cuando no siente en su corazón el estímulo diabólico que le inclina al mal, percibe en lo más hondo de la conciencia el concierto admirable de toda la Naturaleza, que entona un himno de gloria a la divina Providencia. La augusta Majestad que gobierna al mundo, tiene por templo a la naturaleza, por sagrario el alma del hombre, por ara su corazón, donde recibe adoración y culto. En los momentos de aflicción y de angustia, como en los de dicha y tranquilidad, elevamos natural y espontáneamente nuestra aspiración hacia la divina Providencia. Aquella frase de San Agustín: «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti», es un argumento de valor indiscutible en favor de esta Providencia.

Cuatro formas pueden distinguirse en la realización de la divina Providencia: la conservación de las criaturas; la cooperación de otros agentes escogidos por Dios; la ordenación de las mismas criaturas a un fin; y la ejecución de esta ordenación.

Dios por sí mismo y de una manera inmediata conserva todas las cosas por todo aquel tiempo que libremente quiere, según aquello del libro de la Sabiduría (cap. 11): «Cómo podría permanecer una cosa si tú no quisieses?» La divina Providencia concurre inmediata y directamente a las operaciones de todas las criaturas. Dios cuida de todas las cosas, pero no de la misma manera, porque tampoco tienen todas la misma clase y la mis-